

Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión

Cáritas en Sínodo

Orientaciones para participar en el Sínodo 2021 - 2023



El Papa Francisco convoca a toda la Iglesia a participar y a redescubrir su naturaleza sinodal, es decir, nos invita a caminar juntos y a vivir un proceso de escucha atenta y humilde para discernir cómo Dios nos llama a ser Iglesia en el tercer milenio.

Desde Cáritas y nuestra misión de acompañar y caminar con los más empobrecidos y excluidos de la sociedad, nos sentimos comprometidos a participar en este proceso juntos, participantes, voluntariado y personal técnico de los distintos programas. Tenemos una gran oportunidad para soñar y hacer posible esa gran comunidad de comunidades que es nuestra Iglesia desde la escucha, el diálogo, la misión compartida y la vida celebrada.

Somos compañeros y compañeras de viaje llamados a vivir en comunión, orar y discernir la voluntad de Dios desde los dones que cada cual recibe del Espíritu Santo, y a proyectar y a hacer posible el Reino de Dios aquí y ahora.

Para ello, os ofrecemos un guion de trabajo y reflexión que facilite abordar la escucha, el diálogo y las aportaciones que realicéis para tejer esa Iglesia del tercer milenio, de todos y para todos y construir **«un nosotros cada vez más grande»**. Os pedimos que enviéis las conclusiones y propuestas a vuestra Comisión Diocesana del Sínodo, y también a Cáritas Española, a nuestro Delegado Episcopal: vicentemartin@caritas.es

Antes de empezar

Sínodo. Palabra griega que significa caminar juntos e indica el camino que recorren los cristianos como Pueblo de Dios.

Novedad de este nuevo Sínodo. El papa Francisco quiere que la Iglesia entera participe: que el Papa, los obispos, sacerdotes, consagrados y laicos caminen juntos en comunión y fraternidad. Quiere evitar la tentación de escuchar a los de siempre, o a los que participan en actividades de la Iglesia, invitando expresamente a todos los bautizados.

Objetivo del Sínodo. Vivir juntos un proceso de escucha mutua y renovarnos como Iglesia desde la apertura al Espíritu de Dios y la atenta escucha a la Palabra. Es un camino de conversión que nos invita a poner en práctica procesos de escucha, de diálogo y de discernimiento comunitario, en la que todos y todas estamos llamados a participar y contribuir.

Metodología de trabajo y reflexión

Es fundamental la participación conjunta de todos, participantes, voluntariado, personal contratado, laicos, religiosos y sacerdotes. Escucharnos unos a otros, dialogar y aportar nuestras necesidades, sueños y anhelos, es una oportunidad histórica para sentirnos parte de la Iglesia, Pueblo de Dios.

Cada sesión tiene una estructura que podéis adaptar y enriquecer según vuestro criterio y necesidad. Os proponemos que una persona tome nota de las aportaciones que se vayan realizando para facilitar la recogida de propuestas finales.

1. Inicio de la sesión. Tomamos conciencia de las personas que participamos, quienes somos, nombres, nos miramos a los ojos y nos acogemos unos a otros.
2. Oración. Comienzo de la sesión con un canto, una oración.
3. Escucha atenta de la Palabra de Dios.
4. Tiempo de diálogo y escucha: presentación y preguntas.
5. Momento de silencio para acoger e interiorizar lo compartido.
6. Discernimiento comunitario y propuesta en común para recoger por escrito.
7. Acción de gracias.

«Estamos invitados a hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular la confianza, vendar heridas, entretejer relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un imaginario positivo que ilumine las mentes, enardezca los corazones, dé fuerza a las manos».

(Documento preparatorio. Sínodo de los Obispos 2021-2023)

Escuchamos y tomamos la palabra

Inicio y presentación

Todos y todas somos criaturas, hijos e hijas de un mismo Dios Trinitario, cada cuál con su historia, su camino personal único y diferente. El mismo Dios que es Padre, Espíritu Santo e Hijo, nos convoca a cada uno y a cada una por nuestro nombre, y a todos juntos para tejer Iglesia, una gran comunidad de creyentes llamada a vivir en comunión, con un mismo corazón, una misma fe, un mismo sentir.

Podemos hacer una ronda diciendo nuestro nombre en voz alta y expresar con una palabra cómo venimos, cómo nos sentimos al participar en esta sesión compartida.

Invocamos al Espíritu Santo

Aquí estamos Señor, reunidos,
donde nos apuntamos a «tejer» la Iglesia como sinodalidad.
Concédenos el acierto en nuestros trabajos.

Te pones en camino con nosotros,
nos señalas este trozo de viña, y nos dices:

«venid y trabajad».

Danos manos capaces de acompañar y ayudar,
de tomar sin aprisionar, dar sin calcular, acariciar sin poseer,
de acoger, vivir y ser regalo.

Concédenos ser una Iglesia
al servicio de tu proyecto humanizador.

Nos muestras una mesa vacía y nos dices:

«llenadla de Pan».

Concédenos ser Pan y Buena Noticia de tu Reino.

Danos ojos profundos para ver bien lo que nos rodea.

Danos Palabras acertadas para pronunciar

tu nombre a las nuevas generaciones.

Concédenos el don de ser comunidad y dar testimonio de Ti.

Pones estas herramientas en nuestras manos y nos dices:

«es tiempo de cuidar y crear».

Líbranos del desencanto y del pesimismo.

Infunde el amor y la salud en nuestras relaciones humanas.

Concédenos tu Espíritu, para crear y

descubrir los pasos siguientes de nuestra Iglesia,

para encontrar tu luz en un mundo cambiante y

recrear nuestras comunidades.

Escuchamos la Palabra de Dios. (St 1, 17-27)

Tened esto presente, mis queridos hermanos: que toda persona sea pronta para escuchar, lenta para hablar y lenta a la ira, pues la ira del hombre no produce la justicia que Dios quiere (...) Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque quien oye la palabra y no la pone en práctica, ese se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era (...) La religiosidad auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es esta: atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo.

Tras un breve silencio cada uno comparte su reflexión sobre la Palabra de Dios.

Diálogo y escucha

Escuchar es el primer paso, pero requiere una mente y un corazón abiertos, sin prejuicios. Dios nos habla a través de voces que a veces ignoramos (mujeres, jóvenes, alejados, periferias, exclusión, etc). Nos preguntamos cómo vivimos en la Iglesia esta escucha; y si nos sentimos invitados a hablar con coraje, en libertad, verdad y caridad.

Texto para reflexionar: La Escucha. Fuente: O'Donnell, R., La escucha, en Pangrazzi, A [ed], El mosaico de la misericordia, Sal Terrae, Santander, 1989.

Nos hicieron con una boca y con dos orejas. Sin embargo, muchas veces nos cuesta dejar de hablar y escuchar a los demás. Nos cuesta parar y tomarnos un tiempo para estar cerca del otro y escucharlo verdaderamente. Incluso nos cuesta pararnos y escucharnos a nosotros mismos. Escuchar es un arte que se aprende.

Quando te pido que me escuches y tú empiezas a aconsejarme,
no estás haciendo lo que te pido.
Quando te pido que me escuches y tú empiezas a decirme que yo no debería
sentirme así, no estás respetando mis sentimientos.
Quando te pido que me escuches y tú piensas que debes hacer algo para
resolver mi problema, estás decepcionando mis esperanzas:
¡Escúchame!
Todo lo que pido es que me escuches,
no que me hables ni que te tomes molestias por mí.
Escúchame, sólo eso.
Es fácil aconsejar, pero yo soy capaz;
tal vez me encuentre desanimado y con problemas, pero no soy incapaz.
Quando haces por mí lo que yo mismo puedo y tengo necesidad de hacer,
no estás haciendo otra cosa que atizar mis miedos y mi inseguridad.
Pero cuando aceptas simplemente que lo que siento me pertenece a mí,
por muy irracional que sea, entonces no tengo por qué tratar de hacerte
comprender más, y tengo que empezar a descubrir lo que hay dentro de mí.

A. ¿Nos sentimos escuchados en la Iglesia, en la parroquia, en el grupo o centro de Cáritas? ¿Qué «voces» pasan más desapercibidas, se ignoran o se silencian?

¿Y nosotros escuchamos a los otros, a los que piensan diferente, o son de otras religiones o creencias?

¿Existen posibilidades, espacios, estructuras, dinámicas que faciliten y promuevan el «tomar la palabra», es decir, expresarse, opinar y proponer? ¿Cuáles?

Señala las dificultades que ves desde tu experiencia. ¿Qué propones para mejorar?

B. ¿Qué necesitamos cuidar como personas y/o como creyentes, como Iglesia y comunidad para escuchar a todos y ser una «Iglesia de la escucha»? (intenta concretar y no ir a generalidades)

¿Cómo promover la comunicación abierta y respetuosa, libre y constructiva en nuestra parroquia y/o el grupo o centro de Cáritas?

Discernimos en comunidad

Guardamos un breve silencio para reflexionar lo escuchado y lo que ha suscitado en cada uno el diálogo, sin olvidar que «Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). El Espíritu sopla su aliento sobre cada persona e inspira su voluntad sobre nosotros. Conscientes de su presencia, realizamos el ejercicio de discernir en común para elegir entre todas las respuestas que enviaremos.

SOÑAMOS UNA IGLESIA...

Oramos juntos y damos gracias

Quisiera ver con la transparencia de tu mirada.
Quisiera escuchar con la empatía de tus oídos.
Quisiera tocar como tus manos acariciaban.
Quisiera latir como tu corazón se conmovía.
Toca mis oídos
para que pueda escuchar tu voz
en lo hondo de mi alma,
en la voz de mis hermanos,
en el grito de los pobres.
Toca mis ojos
para que pueda contemplarte
en la creación siempre renovada,
en las luchas cotidianas de cada ser humano,
en ese poco de pan y de vino sobre la mesa desnuda.
Toca mis manos
para que pueda tenderlas generosamente
a quien me encuentre en el camino
en ofrenda y servicio.
Yo te he oído, te he visto, te he tocado...
Pero no sabría cómo explicarlo.
¿Acaso el amor tiene explicación?
¿Acaso se pueden encontrar palabras?
Mejor callar
y que mis ojos, mis oídos, mis manos, mi corazón,
sigan contemplando tu amor
palpitando aquí tan dentro.

(Fermín Negre)

SESIÓN II

Participamos en la misión

Inicio y presentación

El sínodo supone una oportunidad de participación de todas las personas bautizadas que pertenecen al Pueblo de Dios para comprometerse en la escucha profunda y respetuosa de los demás. Y también de aquellas personas que no son creyentes, son de otras religiones, o no participan en la vida de la Iglesia. Esta actitud genera un espacio privilegiado para acoger la inspiración del Espíritu Santo a la comunidad. Todos estamos llamados a orar, escuchar, analizar, dialogar, discernir y aconsejar para tomar decisiones que respondan a la voluntad de Dios conforme a los signos de nuestro tiempo. De esta forma, la comunidad se une en la misión de testimoniar el amor de Dios en medio de toda la familia humana.

Ante de comenzar, nos reconocemos hermanos e hijos de un mismo Dios que es Padre, Espíritu Santo e Hijo, recorriendo nuestro cuerpo conscientemente con la señal de la cruz.

Invocamos al Espíritu Santo

Señor y Padre de la humanidad,
que creaste a todos los seres humanos con la misma dignidad,
infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal.
Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz.
Impúlsanos a crear sociedades más sanas
y un mundo más digno,
sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras.
Que nuestro corazón se abra
a todos los pueblos y naciones de la tierra,
para reconocer el bien y la belleza
que sembraste en cada uno,
para estrechar lazos de unidad, de proyectos comunes,
de esperanzas compartidas. Amén.

(Papa Francisco)

Escuchamos la Palabra de Dios (Mt 14, 13-21)

Al enterarse Jesús se marchó de allí en barca, a solas, a un lugar desierto. Cuando la gente lo supo, lo siguió por tierra desde los poblados. Al desembarcar vio Jesús una multitud, se compadeció de ella y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren comida». Jesús les replicó: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer». Ellos le replicaron: «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces». Les dijo: «Traédmelos». Mandó a la gente que se recostara en la hierba y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente.

Comieron todos y se saciaron y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Tras un breve silencio cada uno comparte su reflexión sobre la Palabra de Dios.

Diálogo y escucha

Para recorrer este camino sinodal y aprender lo que conlleva en la práctica este «caminar juntos» como Iglesia en salida, es imprescindible disponernos a la escucha del Espíritu Santo, que, como el viento, *sopla donde quiere: oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va* (Jn 3, 8), y estar dispuestos a dejarnos guiar por las sorpresas e incertidumbres que preparará para nosotros a lo largo del camino. Se trata de vivir un camino de conversión que nos abre las puertas a la participación y a la misión evangelizadora como testigos del amor de Dios.

Texto para reflexionar: Asamblea en la carpintería

Cuentan que en la carpintería hubo una vez una extraña asamblea. Fue una reunión de herramientas para arreglar sus diferencias. El martillo ejerció la presidencia, pero la asamblea le notificó que tenía que renunciar. ¿La causa? ¡Hacía demasiado ruido! Y, además, se pasaba el tiempo golpeando. El martillo aceptó su culpa, pero pidió que también fuera expulsado el tornillo; dijo que había que darle muchas vueltas para que sirviera de algo. Ante el ataque, el tornillo aceptó también, pero a su vez pidió la expulsión de la lija. Hizo ver que era muy áspera en su trato y siempre tenía fricciones con las demás. Y la lija estuvo de acuerdo, a condición de que fuera expulsado el metro, que siempre se lo pasaba midiendo a los demás según su medida, como si fuera el único perfecto. En esto entró el carpintero, se puso el delantal e inició su trabajo. Utilizó el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Finalmente, la tosca madera inicial se convirtió en un lindo mueble. Cuando la carpintería quedó nuevamente sola, la asamblea reanudó la deliberación. Fue entonces cuando tomó la palabra el serrucho y dijo: «Señores, ha quedado demostrado que tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades, puesto que cada uno tiene también las suyas. Eso es lo que nos hace valiosos como herramientas. Así que no pensemos ya en nuestros puntos malos y concentremos en la utilidad de nuestros puntos buenos.» La asamblea encontró entonces que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba firmeza y solidez, la lija era especial para afinar y limar asperezas, y observaron que el metro era preciso y exacto y ayudaba a que todo encajase bien. Se sintieron entonces un equipo capaz de producir muebles de calidad. Se sintieron orgullosos de sus fortalezas y de trabajar juntos.

A. ¿Nos sentimos parte de la comunidad, del grupo o centro de Cáritas? ¿Hasta qué punto lo que sucede en la Iglesia y en mi ámbito concreto me importa, me afecta, me mueve?

¿Creo que en los diversos ámbitos eclesiales la participación y la inclusión de todas las personas debe mejorar? ¿En qué concretamente? ¿Cómo?

B. Con frecuencia se oye aquello de «esto es tarea del sacerdote». Desde esta llamada a «caminar la sinodalidad = juntos», ¿qué retos tenemos para soñar y hacer posible una comunidad cristiana de todos, que sea casa común, lugar de encuentro donde se viva el diálogo, la sanación, la reconciliación, la inclusión y la participación? ¿A qué nos compromete?

Discernimos en comunidad

Hacemos un rato de silencio para acoger y hacer nuestro lo escuchado y lo que suscita en nosotros, poniendo en manos del Espíritu nuestro pensamiento, sensaciones e inquietudes. El regenera nuestras

relaciones, nos libera de juicios y opiniones preconcebidas. Podemos compartir un canto antes de concretar nuestras propuestas en común que recogerá el secretario/a del grupo.

SOÑAMOS UNA IGLESIA...

Oramos juntos y damos gracias

Señor, si consiguiéramos vivir
haciendo siempre lo que Tú nos propones,
nuestra vida sería una fiesta,
el cansancio y la rutina
desaparecerían de nuestra historia
y sabríamos volcarnos del todo
en el momento presente,
viviendo el aquí y el ahora,
con toda intensidad
y total dedicación,
dejando el pasado en tus manos
y el futuro abandonado en Ti.

Ayúdanos a vivir cada momento,
entregándonos del todo,
sin escatimar una atención,
una caricia,
un estímulo,
una palabra amable,
el descubrimiento de lo mejor del otro.

Ayúdanos a disfrutar,
a vivir con pasión,
a gozar con intensidad,
a comunicarnos con sinceridad,
a relacionarnos con complementariedad,
a saborear la variedad,
a enriquecernos con nuestras diferencias,
a descansar en ti
y a sabernos facilitar la vida unos a otros.

Queremos ir a Ti cansados y agobiados,
recordar que cada día trae su afán,
que los pajarillos no se preocupan
y nuestro Padre les da su alimento diario,
que las flores del campo no van de compras
y Dios les viste con el mejor modisto,
que ni un pelo de nuestra cabeza
se cae sin tu permiso.

(Mari Patxi Ayerra)

SESIÓN III

Celebrar la fe y la vida

Inicio y presentación

A lo largo de los Evangelios, Jesús se revela anunciando el Reino de Dios para todos, una *multitud* en la que cabe cualquier persona, y pone especial atención a los que están «separados» de Dios y a los «abandonados» por la comunidad. Con sus palabras y sus acciones Jesús ofrece la liberación del mal, de todo aquello que esclaviza a la persona, y la conversión a la esperanza, al cambio, a la vida en plenitud. Sólo hace falta creer y dejar que el Espíritu de Dios se manifieste en cada uno como gracia y don. Entonces brota de lo hondo la alegría, la celebración y la fraternidad, que se hace vida en la Eucaristía compartida.

Invocamos al Espíritu Santo

¡Te necesito, Señor!,
porque sin Ti mi vida se seca.
Quiero encontrarte en la oración,
en tu presencia inconfundible,
durante esos momentos en los que el silencio
se sitúa de frente a mí, ante Ti.
¡Quiero buscarte!
Quiero encontrarte dando vida a la naturaleza que Tú has creado;
en la transparencia del horizonte lejano desde un cerro,
y en la profundidad de un bosque
que protege con sus hojas los latidos escondidos
de todos sus inquilinos.
¡Necesito sentirte alrededor!
Quiero encontrarte en tus sacramentos,
en el reencuentro con tu perdón,
en la escucha de tu palabra,
en el misterio de tu cotidiana entrega radical.
¡Necesito sentirte dentro!
Quiero encontrarte en el rostro de los hombres y mujeres,
en la convivencia con mis hermanos;
en la necesidad del pobre
y en el amor de mis amigos;
en la sonrisa de un niño
y en el ruido de la muchedumbre.
¡Tengo que verte!
Quiero encontrarte en la pobreza de mi ser,
en las capacidades que me has dado,
en los deseos y sentimientos que fluyen en mí,
en mi trabajo y mi descanso
y, un día, en la debilidad de mi vida,
cuando me acerque a las puertas del encuentro cara a cara contigo.
(Teilhard de Chardin)

Escuchamos la Palabra de Dios (Jn 21, 4-13)

Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Tras un breve silencio cada uno comparte su reflexión sobre la Palabra de Dios.

Diálogo y escucha

Vivir este proceso de sinodalidad implica caminar juntos desde la permanente escucha comunitaria de la Palabra, la celebración de la Eucaristía, el cuidado de la fraternidad en comunión, y la participación en la misión del Pueblo de Dios. Es necesario además cuidar y cultivar la fe y la espiritualidad que se hacen visibles en una forma de estar y vivir en el mundo que comunica alegría, paz, esperanza y caridad.

Una pequeña historia sobre el Salmo 22

«Al final de una cena en un castillo inglés, un famoso actor de teatro entretenía a los huéspedes declamando textos de Shakespeare.

Después se ofreció a que le pidieran alguna pieza extra. Un tímido fraile preguntó al actor si conocía el salmo 22.

El actor respondió: “Sí, lo conozco, pero estoy dispuesto a recitarlo con una condición; que después lo recite usted”.

El fraile se sintió un poco incómodo, pero accedió.

Buen Pastor. El actor hizo una bellísima interpretación, con una dicción perfecta: “El Señor es mi Pastor, nada me falta...” Al final, los huéspedes aplaudieron vivamente.

Llegó el turno al fraile, que se levantó y, tras un momento de silencio y cerrando los ojos, recitó lentamente las mismas palabras del Salmo. Esta vez, cuando terminó, no hubo aplausos, sólo un profundo silencio y el inicio de lágrimas en algún rostro.

El actor se mantuvo en silencio unos instantes, después se levantó y dijo: “Señoras y señores, espero que se hayan dado cuenta de lo que ha sucedido esta noche: yo conocía el Salmo, pero este hombre conoce al Pastor”»

A. ¿Nos sentimos todos invitados a participar en la vida celebrativa de nuestras comunidades o grupos? ¿Somos activos y participativos, nos vemos pasivos o nos sentimos excluidos?

¿Qué necesitaría para sentirme involucrado o para incluir a quienes siento más alejados, abandonados?

B. Celebrar implica manifestar o dar testimonio de algo. ¿Reflejan nuestras celebraciones la experiencia de encuentro personal y comunitario con Jesús resucitado?

¿Qué creo que perciben otros de nuestra forma de celebrar? ¿Contagia alegría, esperanza, acogida?

Discernimos en comunidad

Dedicamos unos minutos a hacer silencio, a escuchar en nuestro interior las intuiciones que suscita el Espíritu de Dios en nosotros a través de lo escuchado. Quizás nos sentimos inquietos. ¿Cómo creer que Dios habla a través de aquella persona que me incomoda o dice cosas que me parecen absurdas? Intento dejar ese tipo de pensamientos a un lado y pongo mi atención en la mirada compasiva de Jesús. Él me mira con ternura, no me juzga. Yo me dejo y me abandono en Él.

Pasado este rato, concretamos nuestras propuestas e ideas para recogerlas por escrito.

SOÑAMOS UNA IGLESIA...

Oramos juntos y damos gracias

Señor Jesús, ayúdanos a ser:

COMUNIDAD HOGAR: lugar de encuentro fraterno con hermanos y hermanas, donde cada uno pueda decir su verdad con hondura y confianza.

COMUNIDAD SANTUARIO: lugar de encuentro con el Señor, Dios de la vida, presente en nuestra historia.

COMUNIDAD SERVIDORA: al servicio del prójimo.

COMUNIDAD MISIONERA: Siempre dispuesta a anunciarte a ti, Jesús.

Señor, Jesús, haznos una comunidad invadida

por la presencia de tu Espíritu Santo,

una comunidad comprometida y servidora de los pobres,

una comunidad acogedora y sin prejuicios ante cualquier ser humano,

una comunidad creadora de espacios de encuentro y escucha,

una comunidad orante en la que cada uno de sus miembros vive y

se alimenta del encuentro íntimo con el Dios que le habita,

una comunidad entusiasta, que sepa cantar a la vida,

vibrar ante la belleza,

estremecerse ante el misterio y anunciar el Reino del amor

con sus obras de amor comprometido.